

LAS HOJITAS DEL HOGAR

SE PUBLICA LOS SÁBADOS
CON LA CENSURA Y APROBACIÓN DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

AÑO VI

MURCIA 15 DE DICIEMBRE DE 1906.

NÚM. 307

SECCION PIADOSA

EL APÓSTOL INCRÉDULO

Después de tantas palabras y tantos prodigios de su Divino Maestro; después de haberle oído muchas veces anunciar para el tercer día su gloriosa resurrección no debió haber sorprendido á Tomás la nueva de la resurrección que le llevaban las piadosas mujeres. Al contrario, calificó la resurrección de sueño de piadosas mujeres.

Su soberbia le hizo exclamar: "Si no veo en sus manos las llagas hechas por los clavos y las toco con el dedo y meto mi mano en su costado, no creeré."

Transcurrieron ocho días y Jesús se apareció á sus discípulos de nuevo entre quienes estaba Tomás, y dice al incrédulo estas palabras compasivas y amorosas: "Mete tu mano en este costado... y no seas incrédulo, sinó fiel."

Tomás, sobrecogido por el dolor de su pecado y enardecido por los rayos de amor que irradiaban del corazón del Divino Maestro, exclamó: "Señor mío y Dios mío." El dolor y el amor han embargado su alma, y no le permiten decir más. Pero Dios que atiende más que á las palabras, al espíritu que las informa, vió en aquellas breves palabras un acto profundo de arrepentimiento y un amor encendido hacia su Dios y Señor.

Ante este prodigio de amor y ternura del Salvador hacia el discípulo incrédulo, exclaman muchos de nuestros incrédulos: "Si á mí se me presentara Jesucristo como á Tomás, también creería."

Jesucristo no ha dejado nunca de aparecerse á los que sinceramente le buscan; no ha dejado de ser la *luz verdadera que alumbra á todo hombre que viene á este mundo.*

Lo que ocurre es que *la luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la comprenden* según divina expresión.

Como en el orden natural sucede que el sol nos deja en la obscuridad ó porque cerramos los ojos ó porque nos ciega con sus rayos ó porque se oculta de nuestros ojos, del mismo modo, por castigo de Dios, el sol de eterna justicia deja al hombre en tinieblas por una de estas tres causas: ó porque abusamos de sus gracias, ó porque ponemos obstáculos, ó en castigo de nuestros pecados.

La causa, pues, de esta ceguera, es el hombre mismo, que por la concupiscen-